

VOL. 1 N° 5 OCTUBRE 1953

MIRAS ALTA



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTÍFICA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 5
OCTUBRE 1953
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELAS CORTAS:

HÉROE IMPREVISTO, por ISAAC ASIMOV
Un viaje emocionante en la espacionave capturada

HUÉSPEDES, por ISAAC ASIMOV
¿Cómo reacciona el hombre ante el embajador de un mundo desconocido?

CUENTOS:

SI USTED FUERA UN COPÍN, por MURRAY LEINSTER
La mimética es arma de conquista

PRISMA DE LA SABIDURÍA, por JAMES CAUSEY
Un pequeño descuido y aparece por un instante una realidad impensable

DE CABO A RABO, por JOHN WYNDHAM
Un duelo entre el presente y el futuro por el cuerpo de un hombre

EL EXTRAÑO CASO DE LA NUEVA BABEL, por MURRAY LEINSTER

Con 165 años, dos corazones y 12 dedos, uno puede tener ambiciones

LA ESPONJA INSACIABLE, por WIN MARKS

Un sencillo experimento casero... y se acaba el agua del mundo

ESPIONAJE, por ERIC FRANK RUSSELL

Ser todo y todos puede acarrear inconvenientes

NOVEDADES CÓSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (V), por WILLY LEY Y CHESLEY BONESTELL

Venus y Marte, los hermanos de la Tierra

ESPACIOTEST

LA GRAVEDAD ES ÚTIL

CONTESTANDO A LOS LECTORES

EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Hugo Csecs

En el asteroide desolado, recién ocupado por la expedición terrestre, el robot, máxima creación de la técnica, cumple su piadosa función.

Las máquinas están hechas por el hombre y para el hombre.

LA RISA ES MORTAL



TODOS los hombres sueñan. Los niños creen en las hadas y en sus varitas mágicas. Nosotros, que —¡y cuánto nos ha dolido!— hemos visto las ilusiones infantiles marchitarse una por una ante la realidad de la vida, seguimos creyendo en la magia. Ya no es la magia de los duendes en los castillos, de los gnomos que se cobijan bajo los hongos del bosque, de las princesas despertadas por un beso de amor, de los monstruos horrendos fulminados por la lanza invencible de un caballero de armadura de oro.

Nuestros sueños tienen una base científica, porque no pueden contradecir del todo nuestra lógica, nuestra razón y nuestras experiencias, y deben satisfacer nuestro sentido crítico. La fantasía científica —sueño de los adultos— tiene algunos temas preferidos. Uno de ellos es la inmortalidad.

Nadie desea morir, pero pocos han reflexionado sobre lo que significaría la inmortalidad para un hombre. Y menos sobre lo que significaría la inmortalidad para todos.

Ante todo, ¿qué entendemos por inmortalidad? No una vida infinita, en la cual la edad y sus achaques aumentan progresivamente; tampoco un estado eterno en el cual el desarrollo se detiene progresivamente; tampoco un estado de salud y equilibrio perfectos como el que se logra en la plenitud de las fuerzas y del desarrollo físico. El Inmortal no deberá parecerse ni a un niño ni a un anciano.

¿Cuál sería la mentalidad del Inmortal? El hombre crea y trabaja porque sabe que su tiempo está limitado. Cuando sepa que su existencia no tiene fin, ¿qué sentido tendrá su impaciencia, qué razón tendrá de apurarse? ¿Y podrá gozar de la vida? El miedo a la muerte es la «base negativa» de todo placer, la risa es la manifestación exterior de un sentimiento de liberación, de la desaparición de un temor: es el espíritu que se alivia, el alma que se despreocupa. El pensamiento de la muerte está detrás de toda carcajada.

En el campo económico, la inmortalidad ocasionaría un desbarajuste tremendo. La vida financiera se desarrolla alrededor del tiempo. El valor del tiempo se manifiesta en interés. En un mundo de Inmortales el tipo de interés no podría fijarse, por cuanto el tiempo no tendría valor. Para el Inmortal no hay vencimientos, no hay prórrogas, no hay especulaciones, no hay estadísticas.

El sentido de la familia para el Inmortal sería completamente diferente. El matrimonio, el nacimiento de los hijos, su educación y sus vicisitudes nos interesan ahora porque sabemos que en ello está el porvenir y que en ese porvenir nosotros no tomaremos parte. Pero al que sabe que todo el porvenir podrá ser su campo de acción, no le interesa el presente. Y el que no se interese por el presente debe tener una visión muy diferente tanto del pasado como del futuro.

Son tan numerosas las facetas interesantes de la mentalidad de un Inmortal que, hasta ahora el editor de *MÁS ALLÁ* no ha encontrado un cuento o una novela que satisfaga plenamente su curiosidad. Más difícil aun sería pensar en un mundo de inmortales o un mundo en el cual unos cuantos escogidos al azar, o una clase, o un sexo, o cualquier otro grupo privilegiado gozara de ese don tan horrible.

Para concebir un mundo así se requiere un enorme esfuerzo de imaginación; el que lo describa deberá ser a la vez poeta, filósofo, psicólogo y científico.

SIN llegar al extremo de un tema tan difícil como el sugerido, en general, para que las aventuras del pensamiento que forman la literatura de fantasía científica puedan satisfacer la refinada y susceptible personalidad del hombre moderno, se requiere del que las escriba, además de capacidad artística, una seriedad científica incontrovertible. El lector de fantasía científica es una persona inteligente: sus ojos están abiertos hacia el porvenir, y su juicio es independiente. Por eso nosotros esperamos con absoluta confianza el juicio de nuestros lectores sobre las dos novelas cortas de Isaac Asimov que publicamos en este número.

Ellas son profundamente diferentes entre sí: la primera se desarrolla en la Tierra, y su problema central es médico-psicológico; la segunda, dentro del marco de una aventura interplanetaria, incluye interesantísimos detalles técnicos sobre la estructura de una astronave y una descripción inolvidable de lo que se siente al encontrarse en el exterior de una de ellas mientras viaja por el espacio.

Ambas subyugan el interés del lector, apasionan por sus dinámicas acciones y, a través de un estilo literario nítido y limpio, ahondan el estudio de problemas científicos de gran complicación e importancia.

Dramatismo, claridad científica y arte literario son las tres características que han hecho de Asimov uno de los príncipes de la fantasía científica.

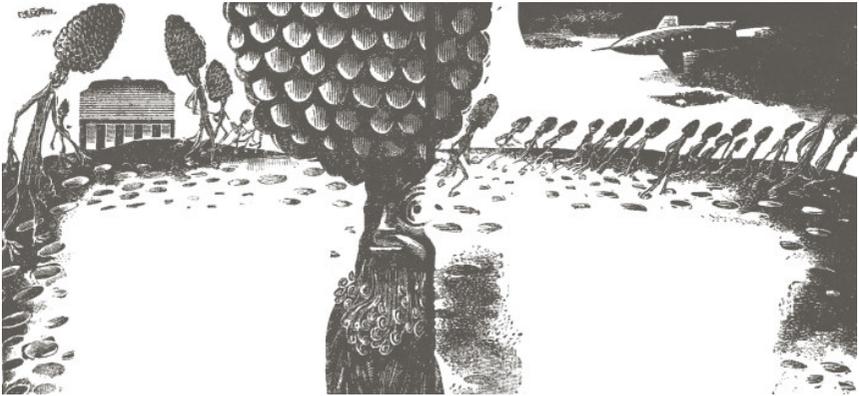
Asimov tiene 34 años y ha estado escribiendo durante 15 de ellos. Tiene a su crédito 7 novelas y alrededor de 70 cuentos. El desafío de la literatura científica fue recogido por él desde muy joven, y Asimov ha descubierto que la fantasía científica invade casi todos los aspectos de su vida. Por ejemplo, en 1948, mientras estaba rindiendo sus exámenes para doctorarse en química en la Universidad de Columbia, y estaba nerviosamente esperando más preguntas de sus siete examinadores, uno de ellos le dijo con toda seriedad: «Y ahora, por favor, háblenos sobre la termodinámica de la tiotimolina». Asimov sonrió; nadie podía contestar a esa pregunta mejor que él. Sabía que el examen había terminado y que el profesor era uno de sus lectores, por cuanto la «tiotimolina» con sus maravillosas propiedades era una invención suya...

La doble vida de Isaac Asimov es típica de muchos escritores de fantasía científica. Por un lado, es un famoso maestro de aventuras interplanetarias e intergalácticas; por el otro, es un bioquímico de reconocido valor, catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston, donde se especializa en investigaciones sobre el cáncer.

A través de la obra de Asimov se percibe el rasgo esencial de la fantasía científica: la de crear, con lógica y método, una realidad fantástica que no contradiga la razón y satisfaga la imaginación.

SI USTED FUERA UN COPÍN

Por MURRAY LEINSTER



Ilustrado por Rosenbaum

Los terráqueos eran tan sabios, poderosos, admirables, que, naturalmente, los habitantes de Copín querían parecerse a ellos. Lástima que la imitación fuera tan buena...

HASTA el último minuto no supuse que Copín iba a ser el primer planeta del cual los hombres salieran a la disparada, jadeando y sudando a mares. No había ninguna razón para ello. Los seres humanos habían vivido en Copín cuarenta años, y a nadie se le ocurrió que hubiese algo ma-

lo hasta que Brooks descubrió la cosa. Y cuando lo descubrió, nadie le quiso creer. Pero todo salió mal; muy mal. Sin embargo, tal vez se pueda arreglar todavía.

¡Tal vez! Así lo espero.

Al principio, incluso después que él ya había enviado largos informes en seis astronaves seguidas, no comprendí que las cosas se ponían feas. No lo comprendí hasta que la vieja *Palmira* descendió en el penúltimo viaje que una nave de la Compañía iba a hacer a Copín.

Hasta esa misma mañana todo era tranquilidad. Recuerdo que estaba sentado en el porche del almacén, sin hacer nada más que respirar satisfecho. Estaba mirando a una nena copina. Tenía el tamaño de un chico humano de unos seis años y jugaba en el barro mientras sus padres hacían compras en el almacén. Era una nena simpática, muy parecida a un ser humano. Tenía largas patillas, como las del viejo Bland, el primer hombre que vino a comerciar con los copines y aprendió a hablar con ellos.

Los copines le tenían mucha estima al viejo Bland. Le hicieron una gran tumba estilo copín cuando murió; y nacieron más chicos copines con patillas que los que uno puede zamarrear en una semana.

Y todo parecía perfecto. ¡*Perfecto!*

Sentado allí en el porche podía oír a un copín que hablaba dentro del almacén. Hablaba inglés, tan bien como cualquiera. Y le estaba diciendo a Diz, nuestro empleado copín:

—Pero, Diz, ¿si puedo comprar esto más barato en el otro almacén! ¿Por qué voy a pagar más caro aquí?

Y Diz respondía, también en inglés:

—Yo no puedo hacer nada. Aquí el precio es este; lo pagas o no lo pagas. Tú decidirás.

Y yo lo escuchaba, pensando en lo bien que iban las cosas. Allí estaba yo, Joe Brinkley, el único representante de la Compañía en Copín, además de Brooks (solo seres humanos pueden ser representantes y jubilarse, por supuesto), poniéndome sentimental al ver cuánto más humanos parecen los copines cada día, y qué bien va prosperando todo.

La nena salió del barro, se limpió las patillas, que eran exactamente iguales a las que lleva el viejo Bland en el gran cuadro que hay en el almacén, y se alejó trotando detrás de sus padres. Era realmente parecida a un humano.

LOS copines salvajes no se parecen ni de lejos a un hombre. Los que viven en el bosque son verdes, tienen ojos como platos y hocicos que fruncen como los conejos terrestres. Nadie pensaría que son de la misma raza que los que vienen al almacén, pero así es. Pueden casarse unos con otros, solo que los hijos tienen más aspecto humano que los padres, y el color de su piel es casi el mismo que el de los terráneos, lo cual es muy natural, si se piensa un poco en ello. Pero nadie pensaba en eso; es decir, hasta entonces.

Yo tampoco pensaba en eso esa misma mañana; ni siquiera en los informes que Brooks escribía sudoroso y enviaba a la Tierra con cada astronave de la Compañía que salía. Allí estaba, lo más contento, cuando noté que Sally, el árbol que da sombra al porche del almacén, comenzaba a sacar sus raíces del suelo. Las enrolló cuidadosamente y empezó a alejarse, andando como uno que no levanta los pies del suelo. Los demás árboles también se estaban apartando, dejando libre el campo de aterrizaje. Iban empujándose y molestando a los otros con sus ramas, los más chiquitos metiéndose bajo las copas de los grandes, y en general haciendo todo con mala intención. De alguna manera

sabían que estaba por llegar una astronave, y por eso dejaban espacio libre. Pero no esperábamos ninguna hasta un mes más tarde.

Sin embargo, como parecían tan seguros, me puse a escuchar por si había ruido de motores. Al cabo de diez minutos oí un ligero silbido, y enseguida el pesado zumbar de los repulsores de masa que actuaban contra el subsuelo rocoso. Por suerte no actúan sobre los líquidos; si actuaran, ¡cada nave que baja haría un barro de toda la región!

Salté de mi silla y salí a mirar. Sí, señor, allí bajaba la vieja *Palmira* del cielo, con un mes de adelanto, y los árboles se amontonaban en el borde del campo para dejarle sitio. La nave perdió altura, quedó suspendida a unos metros, como ansiosa, y luego se asentó en el campo, se diría con un suspiro. Los copines se acercaron corriendo de todos lados, saludando cordialmente.

¡Ya lo creo que parecen humanos estos copines! ¡Los hombres son su ideal de lo que debe ser la gente! Se peleaban por llevar la carga al almacén, y trepaban y saltaban para ver si en la tripulación había viejos conocidos. Si consiguen que un humano vaya de visita a sus casas, se jactan de ello durante semanas. ¡Y cómo tratan a sus huéspedes!

Les dan a usar ropas copinas de gala, telas suaves y sedosas, y frutas copinas y bebidas copinas. ¡Tendrían que probarlas! Y cuando llega la hora de partir, acompañan a la nave a sus huéspedes terrestres coronándolos de flores.

Los hombres son lo mejor para los copines. Y cada día están más humanos. Ahí tienen a Diz, nuestro empleado. Sería difícil descubrir que no es un hombre. Se parece a un hombre llamado Casey que trabajó hace tiempo en el almacén, y tiene un rebaño de hermanos y hermanas tan humanizados como él. Uno juraría...

ERO esta era la penúltima vez que una nave terrestre iba a bajar en Copín, aunque nadie lo sabía aún. Se abrió la compuerta de pasajeros y apareció el capitán Haney. Los copines chillaron de alegría al verlo. Él los saludó con un ademán, y ayudó a salir a una muchacha humana. Tenía cabellos rojos y aire de seriedad comercial. Los copines saludaban y gritaban y sonreían. La chica los miró extrañada, y el capitán le explicó algo al oído, pero ella solo apretó los labios. Luego, los copines acercaron un portacargas, y Haney y la chica subieron a él y vinieron hacia el almacén; con los copines empujando y tirando y haciendo gran algarabía, todo tan amistoso que le hacía a uno sentirse feliz, ¡cómo les gustan los hombres a los copines! Los admiran una barbaridad. Hacen todo lo que pueden por parecer humanos, y son inteligentes; pero tiemblo al pensar por qué poquito nos salvamos.

El capitán Haney saltó del portacargas y ayudó a bajar a la chica. Ella lanzó una mirada furiosa. Nunca vi una mujer más enojada... ni más bonita con sus cabellos rojos y sus ojos azules que me miraban con expresión de hostilidad.

—Hola, Joe —dijo Haney—. ¿Dónde está Brooks?

Se lo dije. Brooks estaba curioseando por las montañas, detrás del almacén. Estaba nervioso y preocupado y obraba como si estuviera tratando de encontrar algo que no existía, pero que él se había propuesto buscar de todos modos.

—Lástima que no esté aquí —dijo Haner. Luego me presentó a la chica—. Este es Joe Brinkley, el ayudante de Brooks. Y, Joe, la señorita es la inspectora Caldwell.

—Llámeme Inspectora —interrumpió ella, y me miró acusadoramente—. Vengo a investigar este asunto de un almacén competidor en Copín.

—¡Oh! —le dije—, es mal negocio. Pero no nos ha molestado mucho. En realidad no hemos disminuido nada las ventas.

—Haga bajar mi equipaje, capitán —interrumpió la inspectora Caldwell imperiosamente—. Después puede levantar vuelo. Yo me quedaré aquí hasta que usted regrese de nuevo en su próximo viaje.

Pegué un grito para llamar a Diz, pero no hacía falta. Ya estaba detrás de mí, respetuoso y admirando a la muchacha. ¡Uno juraría que es humano! Es la imagen viva de Casey, el que vivió en Copín hace seis años.

—Sí, señora —dijo Diz a la muchacha—. Le mostraré su cuarto, señora, y enseguida le haré llevar allí su equipaje.

Y le mostró el camino; pero no hizo falta que diera órdenes acerca del equipaje. Ya un montón de copines se acercaba arrastrándolo, con la esperanza de que ella les dijera «gracias». Era la primera vez que llegaba una mujer a Copín; estaban todos muy emocionados, y se quedaron allí, admirándola.

H ABÍA chicos con patillas, como el viejo Bland, y otros chicos con bigotes, sin distinción de sexo. Le estaba señalando al capitán Haney una cantidad de chicos que se parecen notablemente a él, y en el momento en que me contestaba «¡Qué me dices!», apareció de vuelta, acercándose a nosotros la inspectora Caldwell.

—¿Qué está esperando, capitán? —dijo en tono helado.

—La nave se queda siempre unas horas —le expliqué yo—. Los copines son tan amables que para no desairarlos dejamos que la tripulación sea amable con ellos.

—Dudo mucho —dijo la inspectora, y su voz congelaba— que después de mi informe la Compañía permita continuar esa costumbre.

Haney se encogió de hombros y se alejó, de lo cual deduje que esta inspectora ocupaba un alto cargo en la Compañía. No era vieja; tenía unos 25 años, calculé; pero la familia Caldwell es prácticamente dueña de la Compañía, y todos los sobrinos, primos y nietos asisten a una escuela especial donde los preparan para el trabajo en la firma. Allí les enseñan muy bien, y no se puede decir que no se merezcan los puestos buenos. De todos modos hay montones de puestos altos, pues la Compañía controla el comercio con treinta o cuarenta sistemas solares.

El capitán tuvo que abrirse paso prácticamente a codazos entre los copines que querían darle flores y frutos y cosas de esas. ¡Los copines se vuelven locos por los hombres! Por fin entró a la nave, se cerró la puerta y los copines retrocedieron. Los motores de la *Palmira* empezaron a tronar. Se puso en marcha el repulsor de masa; la nave se elevó, y el zumbido comenzó a hacerse cada vez más grave y más débil... hasta que pronto se oyó un silbido y desapareció. Todo parecía normal. ¿Quién iba a adivinar que era el penúltimo viaje de una nave terrestre a Copín?

L A inspectora taconeó nerviosa.

—¿Cuándo enviará a buscar al señor Brooks? —me preguntó.

—Ahora mismo —le contesté, y transmití la orden a Diz.

—Ya envié un mensajero a avisarle, señora —dijo Diz—. Si oyó el ruido de la nave es posible que ya esté en camino de vuelta.

Saludó y entró al almacén. Muchos copines vinieron a ver la nave y ahora aprovechaban para hacer sus compras. De pronto la inspectora pegó un salto.

—¿Q... qué... qué es eso? —preguntó rígida.